

pensativo y absorto? no por cierto. Antes bien declararon los testigos que los tuvo continuamente distraídos con su buen humor, y que particularmente se divirtió con una niña que tenía al lado, con la que estuvo jugueteando y riendo. En la carta que escribió á Barbaroja refiere algunos pormenores de su viage en estos términos: «He viajado con unos hombres que pronto se han dado á conocer como montañeses declarados. Su conversacion, tan insignificante como sus personas, era tan fastidiosa que pronto me ha aburrido; pero les he dejado que hablasen lo que quisiesen, y me he quedado dormida. Uno de esos caballeros, á quien sin duda le gustan las mugeres dormidas, ha querido convencerme, cuando he despertado, que yo era hija de un hombre que jamas he visto y que llevaba un nombre que jamas he oido, concluyendo con ofrecermesu corazon y su mano, como que ya quería llevarme con él para pedirme á mis padres. Esos señores se han empeñado decididamente en saber mi nombre y domicilio en Paris, pero no he querido decírselo, para observar fielmente esta máxima de mi querido y virtuoso Raynal: *Que no debe decir uno la verdad á sus tiranos.*»

Llegó á Paris el jueves, dia 11, hácia el mediodia, y se apeó en la calle de los Vieux-Augustins, núm. 17, posada de la Providencia. Acostóse á las cinco de la tarde, y durmió profundamente hasta el siguiente dia 12, en que pasó á casa del diputado Duperret, que acababa de salir. Entregó á sus hijas la carta de Barbaroja, y no le vió hasta la tarde. Cuando entró, estaba Duperret comiendo con sus amigos, y pidió hablarle á solas; levantóse, y pasó con ella á un aposento inmediato: esplicóle en pocas palabras que acababa de llegar de Caen, que habia dejado en su casa un paquete con una carta de Barbaroja y varios folletos, y que le suplicaba se tomase la molestia de acompañarla á ver al ministro.—Contestóle Duperret que en aquel momento no le era posible, pero que al dia siguiente iria á buscarla á su alojamiento para acompañarla. Dióle su nombre y las señas de la posada, y le dijo: «Una palabra sola tengo aun que decirle: ciudadano Duperret, oiga Vd. mi consejo, salga Vd. de la asamblea, donde no sirve de nada, y vaya Vd. á unirse con sus hermanos de

Caen.—Mi puesto está en Paris, contestó él, y no lo abandonaré.—Hace Vd. muy mal, créalo Vd.: márchese, huya Vd. antes de mañana á la noche.» Dicho esto, se marchó, y Duperret de vuelta á la mesa dijo á sus convidados que esta muger tenia para él trazas de una intrigante, y que saldria de dudas al dia siguiente.—Efectivamente, pasó á su casa como le habia prometido y la acompañó á ver al ministro.

Dijéronles en casa de este (era Garat) que no podria recibirlos hasta las ocho de la noche; pero en este intervalo púsose embargo en la casa de Duperret, en virtud de un decreto de aquel mismo dia, en vista de lo cual manifestó á Carlota que su presencia con ella en casa del ministro no podria serle sino perjudicial; y que por otra parte faltándole á ella la correspondiente procura de la señorita Forbin, no le seria asequible retirar los papeles que deseaba para esta.

Desempeñado este primer cuidado, dirígese el 12 de julio al Palacio-Real; entra en una tienda de cuchillería y compra por tres francos una navaja con manga de ébano y estuche, metiéndosela debajo de la pañoleta. Siéntase luego en un banco de piedra del jardin: cerca de allí se estaba entreteniendo un niño en recoger arena en su delantal, y agradándole la figura de Carlota, aproxímase, rie, y da vueltas en torno del banco en que estaba sentada, atreviéndose por fin á ir á apoyar la cabeza y las manos sobre su regazo. Tómale en brazos Carlota, y clava en él una mirada melancólica. ¡Quién sabe que sensaciones y recuerdos despierta en ella esa bella criatura, pues sus ojos se humedecient Empero habiendo visto jugando el extremo del mango de la navaja, se puso á escudriñar por debajo de la pañoleta y logró sacarla con sus dedos. Al observarlo Carlota pierde el color, levántase, echa en derredor una mirada azorada, deja al niño en el suelo, y se marcha ocultando precipitadamente la cuchilla fatal. Vuelta á su posada, se pone á cavilar sobre lo que ha de hacer. ¿Inmolará al odioso Marat en su propia habitacion, ó en la cima de la Montaña para que haga mas estrépito su muerte? Este último partido conviene mejor á sus miras, porque confia ser destrozada y aniquilada por el furibundo populacho en el mismo teatro de la accion, y por este.

medio morir desconocida, sin que pueda padecer por ello su familia.

Pero las circunstancias se oponen á sus proyectos, pues á la sazón se hallaba Marat atacado mortalmente de una enfermedad inflamatoria, y al propio tiempo cubierto de una lepra espantosa, con que se veía imposibilitado de salir de casa. Ya desde el principio de la causa de los girondinos juzgó deber suspenderse voluntariamente de las funciones de diputado, obligándole á recusarse la animosidad que entre él y ellos reinaba; no obstante, viendo que el negocio había tomado diferente rumbo con la fuga de la mayor parte de los arrestados, y que iba á prolongarse demasiado, y conociendo por otra parte que nadie echaba de ver su ausencia, contra lo que él se había prometido, quebrantó el destierro que él mismo se había impuesto, el cual no venía á ser en suma, dice Mr. Thiers, mas que una ridícula farsa.

En consecuencia, había ya vuelto á asistir á las sesiones, y aun tomado parte en la discusión de algunos artículos de la constitucion, cuando fué atacado de la cruel enfermedad que acabamos de referir.

Aunque el mal iba empeorando por momentos, no por esto se entibiaba su abrasadora actividad. Pasaba los dias enteros no tan solo en escribir su diario, que no quería confiar á otras manos, sino tambien un sinnúmero de cartas tanto á la convencion como á los jacobinos y demas sociedades populares que él regentaba y cuyo zelo y vigilancia fomentaba. Ocupada la convencion de ímprobos trabajos, ningun caso había hecho de las cartas de Marat, de lo que se incomodó, pero no por esto se desalentó, pues con la última que le dirigió la amenazaba que se mandaria llevar enfermo á la tribuna y si su carta no era leida en la sesion, él mismo la leería.

Viendo pues Carlota Corday que solo en su casa podía llegarse á él, resolvióse á ello, y al efecto le escribió un sencillo billete concebido en estos términos: «Acabo de llegar de Caen; no dudo, atendido el amor que teneis á la patria, que os dará suma satisfaccion el saber los desagradables sucesos de esta parte de la república. Sobre la una me hallaré en vuestra casa, donde espero tendreis la bondad de recibirme y

concederme una corta entrevista, pues os daré ocasion de prestar á la Francia un importantísimo servicio.»

La suma dificultad de penetrar en la casa de Marat justifica lo que tiene de ambiguo y algo jesuítico este billete. Habiendo pasado Carlota á la hora señalada al domicilio de Marat, no pudo lograr la entrada; en vista de lo cual escribió otro billete para que fuese entregado; caso que no se la recibiese. Decía así: «Marat, os he escrito esta mañana; ¿habéis recibido mi carta? Mucho lo dudo, puesto que se me ha negado la entrada en vuestra casa. Con todo, espero que mañana me concedereis una entrevista. Os lo repito, vengo de Caen, y tengo que comunicaros secretos muy importantes para la salud de la república. Por otra parte yo soy perseguida por la causa de la libertad; soy infeliz; y esto basta para tener derecho á vuestra proteccion.»

Posteriormente dijo Carlota: «Confieso que usé de un pérfido ardid para introducirme en casa de Marat. Contaba poderlo sacrificar en la Montaña, en el seno de la convencion; pero ya no iba allí.»

Dirigióse pues por segunda vez á la casa de este inaccesible terrorista, que vivía en la calle de los Franciscanos, hoy día calle de la Escuela de Medicina; y era el día 13 de julio hacía las siete de la noche. Supone Mr. Gustavo Drouineau que para hacer esta visita adornó con bastante esmero su compostura, añadiendo que «tenía necesidad de predisponer á su favor las personas que habían de introducirla.» Una ancha cinta verde sujetaba sus lisos cabellos y los coronaba una peluca de la cual se descolgaban ondulados bucles. «Aun la oigo, continúa el mismo, preguntar con el metal de su voz argentina: ¿El ciudadano Marat está en casa? ¿Quien podía pensar que una muger tan preciosa, con el sonreír tan divino, aquellos labios tan rosados, aquel cuerpo tan gentil y aquel aire tan modesto, iba allí para cometer un asesinato (1)? La portera que se llamaba Maria Bárbara Aubin, le opuso alguna dificultad para dejarla subir; y como insistiese, llegó en aquel

(1) Libro de los Ciento y Uno, tomo 1.<sup>o</sup>

instante una muger jóven, llamada Catalina Evrard, con la cual vivia Marat conyugalmente, por haberla tomado por esposa *un dia de buen tiempo á la faz del sol*, segun se expresa Chaumette. Esta manifiesta á Carlota que no puede entrar, la cual repite sus instancias con tal viveza que la oye Marat desde el baño en que se halla sumergido; y juzgando que era la persona que le habia escrito, tuvo ganas de verla, y gritó para que la hiciesen entrar.

Habiendo quedado sola y en pie junto á él, principia Marat por preguntarle los nombres de los diputados refugiados en Caen; ella se los va diciendo, y él apuntándolos al mismo tiempo con un lápiz. Cuando ha concluido, añade: «Muy bien: todos irán á la guillotina. Mas estas palabras son su sentencia de muerte: saca ella de su pecho el cuchillo y se lo clava todo en el corazon, sin dejarle aliento mas que para proferir estas voces: «Socorro, querida amiga, socorro!»

A este grito, las mugeres de la casa y Lorenzo Basse, que plegaba los impresos de Marat, acuden precipitados á su cuarto. Ni siquiera habia Carlota tratado de escaparse, antes bien permanecia en pie junto á la ventana, inmóvil y sosegada. Descárgale Basse un silletazo y la derriba; la Evrard la pisotea; y con el ruido acuden los demas habitantes de la casa, á los que van juntándose varios vecinos y milicianos nacionales del Teatro Francés.

Asegura Mr. Esquiros que tiene en su poder una carta inédita de Julia Candeille, la que supone haber sabido algunos curiosos pormenores por la misma ama de gobierno de Marat; la cual por prudencia, y segun la carta, por zelos, iba de vez en cuando á escuchar á la puerta. Insiguiendo esta relacion, quiso Marat tocar el brazo de Carlota así como en estilo de franqueza y familiaridad, y al ver esta accion, precursora del insulto con que se creyó amenazada, cogió ella su cuchillo y le hirió.

Retiran del baño el cuerpo de Marat, y lo colocan en una cama del aposento inmediato, donde fueron vanos los esfuerzos del doctor Pelletan y un cirujano de la casa para detener la sangre que arrojaba. ¡Ya no habia remedio, Marat habia dejado de existir!

En el entretanto habia vuelto á levantarse la jóven heroica; y todos quedan pasmados al ver su hermosura, su serenidad en tales momentos y el valor con que confiesa la accion que acaba de cometer. Una turba furibunda pide desde fuera su cabeza y se agolpa en todas las entradas para despedazarla. «¡Infelices, decia ella, quereis mi muerte, y debierais erigirme un altar por haberos libertado de un mónstruo!» No desea sino que la entreguen al populacho. En la carta que escribió á Barbaroja, dice: «Yo contaba por cierto morir en aquel mismo instante; pero ha habido algunos sugetos animosos, verdaderamente dignos de elogio, que me han salvado del justo furor de los que yo habia hecho desgraciados. Como conservaba serenidad, sentia en el alma los quejidos que daban algunas mugeres; pero el que salva á su patria, no echa de ver lo que cuesta el conseguirlo.»

Los diputados Maure, Chabot, Drouet y Legendre, noticiosos del hecho por el comisario de policia que habia dado parte de él á los *comités* de seguridad general y salud pública, se trasladaron al sitio en que habia ocurrido, é interrogaron á la jóven sobre el motivo que habia tenido para cometer aquel atentado. Y ella contestó: «Viendo que la guerra civil iba á encenderse en toda la Francia, y persuadida que Marat era el principal autor de tanta calamidad, he querido sacrificar mi vida para salvar mi patria.»

Chabot y Drouet la hicieron subir en un coche para conducirla á la Abadía, pero la multitud, viendo arrebatada su presa, redoblaba exasperada sus bramidos. Entonces desmayó Carlota, porque juzgó efectivamente llegada su última hora, y que iba á ser despedazada; y cuando volvió en sí, manifestó grande admiracion porque no le habian arrancado la vida. Drouet, dice, «que ella creia ser acuchillada.» Y nada extraño que le inspirasen semejante idea los recientes asesinatos de setiembre.

Llegada á la Abadía, Drouet y Chabot le hicieron sufrir otro interrogatorio que duró parte de la noche, concluyendo con decir ella estas palabras: «En cuanto á mí, ya he desempeñado mi papel; otros harán lo que falta.»

Luego despues fué trasladada á la Consergería. Y como su morada ya no estaba en la tierra, toda prision le era igual, viendo con celestial placer llegar el momento en que debia coronar su sacrificio. Justo es decir que no fué tratada inhumanamente en el corto intervalo que medió entre la accion y el suplicio: su magnanimidad imponia harto respeto y consideraciones. En la cárcel no tuvo que sufrir mas pena sino la presencia del acusador público Fouquier-Tinville, el cual por dos repetidas veces probó de hacerle preguntas, mas esta nueva Epícaris se negó á responder antes de estar en el tribunal, no queriendo prostituir sus palabras ante aquel feroz inquisidor, ó temiendo tal vez que fuesen adulteradas por medio de esta clandestinidad.

No dejó de atribuirse la muerte de Marat á los girondinos; pues no sabiendo como hallarles crímenes para condenarlos, este vino muy á propósito y pronto se esparció la voz que Carlota Corday no era mas que el instrumento enviado por los diputados rebeldes del Calvados. Mas esta acriminacion se desmentia por su misma absurdidad: la influencia de Marat habia cesado ya, lo que pudo verse comprobado un dia que tratando de emplear el ascendiente que antes tenia con el pueblo, se presentó en la convencion donde no habia estado hacia algun tiempo, y atravesó pausadamente todo el salon mirando á las tribunas, las que no hicieron ningun caso de su persona (1). Ademas Marat iba á ser víctima de la enfermedad que le devoraba. Otros enemigos mucho mas peligrosos que él conocian los girondinos, y en consecuencia el puñal de Carlota Corday no hubiera descargado sobre él, si ellos hubiesen podido dirigirlo.

Empero esto no era mas que un pretesto; así es que, en la sesion del comité de seguridad general, en que Drouet y Chabot informaron, el 14 de julio, declaró este último que aquella muger le habia parecido una de las que durante la legislatura habian venido á empeñarse con Guadet para que favoreciese á los conspiradores del Calvados: «Y no ig-

(1) Dulaure, *Bosquejos*.

norais, añadió, de qué modo se prestó á sus instancias. Esta muger tiene la osadía del crimen pintada en su semblante, y es capaz de los mayores atentados. Es uno de esos mónstruos que de tiempo en tiempo aborta la naturaleza para desgracia de la humanidad... Con talento, gracia y aire altanero, parece que tiene ánimo para emprender cualquier cosa... Cuando se le ha dicho que su cabeza caeria en el cadalso, ha contestado con una risa de menosprecio.»

Concluye pidiendo que se redoble la energía contra los conspiradores de Caen y sus cómplices de Paris que se comunican con ellos y hasta tienen asiento en el recinto de la convencion. En la misma sesion se espidió un decreto en que se encargaba al tribunal revolucionario la rápida instruccion de la causa (1).

El dia siguiente fué consagrado á las exequias de Marat.

(1) El *Diario de la Montaña* y la *Crónica de Paris* contienen el animado cuadro de la sensacion que produjo en la convencion la muerte de Marat. Un miembro hace saber que Marat acaba de ser asesinado. Llega Real y manifiesta que Destournel, patriota nada sospechoso, acaba de decirle que Marat habia en aquel momento espirado en su cama. — Henriot: «Murió Marat; su asesino está preso, y es una muger de veinte y dos ó veinte y tres años; este crimen no parece conmovérle ni espantarla. Ciudadanos, sed mas firmes que nunca. Velad por vuestros magistrados, y no os fieis sobre todo de los sombreros verdes. Hasta entre nuestros mismos hermanos artilleros, se hallan curas refractarios y ex-nobles; pero no debeis asustaros por eso: la libertad triunfará. Juremos todos vengar la muerte de este grande hombre.» — Hebert: «Este acontecimiento es para mí uno de los mas calamitosos de cuantos han ocurrido desde que rige la república. Lloremos sobre el sepulcro de Marat. Estén alerta todos los buenos patriotas, pues ni uno de ellos está fuera de peligro.» — La seccion de los *Sans-culottes* (descamisados) fué á manifestar el sentimiento de que estaba poseida por el atentado cometido contra la persona de Marat. — El comité de salud pública espidió la siguiente proclama: «Los siniestros pronósticos de los asesinos de la libertad se van cumpliendo. El defensor de los derechos y de la libertad del pueblo, Marat, cuyo solo nombre recuerda los servicios que ha prestado á la patria, acaba de caer á los parricidas golpes de los cobardes federalistas. Una furia salida de Caen ha clavado el puñal en el pecho del apóstol y mártir de la revolucion. ¡Ciudadanos, tened calma, energía, y sobre todo vigilancia; ya sonó la hora de la libertad, y la sangre que acaba de verterse es el decreto fulminante de muerte contra todos los traidores, pues consolida la íntima union de los patriotas que sobre la tumba de este grande hombre renuevan el juramento de libertad ó muerte.»

Disputábanse sus restos la Montaña, los Jacobinos y particularmente los Franciscanos, que se vanagloriaban de ser los primeros que habían poseído á Marat, y de haber seguido siempre unidos con él, sin que jamás le hubiesen postergado. Los Franciscanos obtuvieron la preferencia, y fué decretado que sería enterrado en el jardín que les pertenecía y bajo los mismos árboles donde solía leer por las tardes su papel al pueblo. La convencion asistió al entierro, cuyo arreglo y ceremonial se confiaron al pintor David, en union con la seccion del Teatro Francés. Pronunciáronse sobre su tumba un sinnúmero de discursos. Sus funerales fueron parecidos á los de Miguel Lepelletier; hiciéronsele magníficos honores, y su cuerpo quedó de manifiesto por espacio de muchos dias, descubierto, y visible la herida que había recibido. Las sociedades populares y secciones fueron procesionalmente á echar flores sobre su féretro. «¡Ya murió! esclama el presidente de la seccion de la república; ¡ya murió el amigo del pueblo! y murió asesinado!... ¡No profiramos su elogio sobre sus inánimes despojos! ¡su elogio son su conducta, sus escritos, su sangrienta herida y su muerte! Ciudadanos! echad flores sobre el pálido cuerpo de Marat! ¡Él fué nuestro amigo, el amigo del pueblo; para el pueblo vivió, por el pueblo murió! Entonces algunas jóvenes pasaron entorno del cenotafio echando flores sobre el cadáver; y el orador continuó: «Pero cesemos ya de lamentarnos; escuchad la grande alma de Marat que despierta y nos dice: « Republicanos, enjugad ya vuestro llanto... los republicanos no deben derramar mas que una lágrima y velar en seguida por la patria. ¡No fué á mí á quien quisieron asesinar, sino á la república, al pueblo, á vosotros!»

El busto de Marat fué difundido en todas partes, y figuró en todas las asambleas y parages públicos. Levantóse el embargo puesto á sus papeles, y en su casa no se halló mas que un asignado de cinco francos, lo que dió márgen, dice Mr. Thiers, á que su pobreza fuera para todos nuevo objeto de admiracion (1). La joven con quien vivía fué llamada su vi-

(1) ¡Que pobreza tan ejemplar! dice madama Roland en sus Memorias.

da y mantenida á espensas del estado. Los poetas y escritores públicos hicieron á porfia su elogio en mil y mil composiciones; y ¡cosa rara! aun despues del 9 thermidor, habiendo ya cesado el terrorismo, sobrevivió el entusiasmo en tales términos que Chenier, autor de la tragedia de *Fenelon*, tuvo valor para solicitar, y esto sin pena de la vida, que su cuerpo fuese solemnemente trasladado al Panteon!... Empero la faccion que luego dominó le arrancó de allí para arrojarle en las Gemonias.

Mas ¿que era de nuestra joven encarcelada, tan pura, tan noble y tan hermosa? de ese ángel, objeto de las imprecaciones y de la rabia de una multitud que á manos llenas incensaba supersticiosamente cuanto la naturaleza había producido de mas asqueroso, feroz é impuro? Escribió á su padre lo siguiente: « Querido padre, le pido á Vd. perdon por haber dispuesto de mi existencia sin su consentimiento. Muchas son las víctimas que he vengado, muchas las desgracias que he evitado. Dia vendrá en que el pueblo despreocupado se alegrará de verse libre de su tirano. Si traté de hacerle á Vd. creer que me iba á Inglaterra, fué porque contaba no ser

---

Pero examinemos la revista que pasó de su habitacion, una señora natural de Tolosa, con toda la vivacidad del clima donde nació, la cual estuvo en intimidad amorosa con un primo suyo de interesante figura, y lamentábase llena de amargura de su arresto.... Muchos pasos había dado inútilmente, sin saber ya á quien dirigirse, cuando le ocurrió ir á ver á Marat. Mandó pasar recado en su casa, y le dicen que no está; pero al oír él la voz de una muger, se presenta en persona. Tenía puestas las botas sin medias, y llevaba unos calzones viejos de cuero y una chaqueta de tafetan blanco; su camisa mugrienta y abierta dejaba al descubierto un pecho de color amarillento; adornaban sus dedos largas y asquerosas uñas; y este trage singular hacia perfecta armonia con su figura espartosa. Da la mano á la señora, acompaña á un salon muy cómodo, adornado de damasco azul y blanco, cortinas de seda formando elegantes ropages, una araña brillante y riquísimos jarros de china llenos de flores naturales que á la sazón eran sumamente caros. Siéntase á su lado en una voluptuosa otomana, está pronto á oír la narracion que quiere hacerle, toma interés por ella, bésale la mano, apriétale un poco las rodillas y le promete la libertad de su primo. Todo se lo hubiera permitido, dice la tolosanita en tono festivo y acento provincial, reservándome el echarme luego en un baño, con tal que me hubiese vuelto á mi primo. Aquella misma tarde fué Marat al comité, y el dia siguiente salió el primo de la Abadía.

conocida; pero ví que esto era imposible. Espero que no se abandonará Vd. al pesar: sírvale á Vd. de consuelo que no le faltarán defensores en Caen. Adios, querido padre mio; ruégole á Vd. que se olvide de mí, ó mas bien que se alegre de mi suerte. Ya conoce Vd. que su hija no hubiera dejado llevarse de un motivo reprehensible. Un abrazo á mi hermana á quien amo de todo corazón (la otra habia muerto), así como á todos los parientes.

«No olvide Vd. este verso de *Corneille*:

*Solo el crimen afrenta, no el cadalso.»*

Ya nos acordaremos que en la última entrevista que con ella tuvo Barbaroja, le dijo que se alegrára de saber los pormenores de su viage; y en tan tristes circunstancias hizo ella memoria de habérselo ofrecido. Escribióle una carta que contiene rasgos llenos de embeleso, gracia y elevacion, la misma que vamos á copiar con rigurosa exactitud (1), á escepcion de lo que para la relacion de los hechos llevamos ya citado:

«Manifestó Vd. el deseo de saber los detalles de mi viage, y me propongo dárselos sin omitir una sola anécdota.... No sé como ha podido saber el comité de seguridad general que yo tuve una conferencia con Duperret; ya conoce Vd. la firmeza de este, el cual ha contestado la verdad, y yo he confirmado su declaracion con la mia. Nada resulta contra él, mas su firmeza es un crimen; yo le he aconsejado que fué á reunirse con Vds., pero es demasiado testarudo.

«¿Podrá Vd. creerlo? Fauchet se halla encarcelado como cómplice mio, siendo así que ignoraba que yo existiese! He

(1) Lástima que esta obra maestra de estilo y pensamiento femenil haya sido tantas veces truncada ó desfigurada. ¿Como es posible que Mr. Thiers, por ejemplo, no cite de ella mas que algunos fragmentos, é inserte la siguiente frase, que jamas salió de la pluma de Carlota? *Mis amigos no deben llorarame; porque todos los que están dotados de una imaginacion viva y de un corazón sensible, deben prometerse una vida muy tormentosa.* Este tono sentimental, que solo anunciara recuerdos de algunas páginas de fútil novela, dista mucho de la altivez desdeñosa y á veces satírica de esa alma tan templada, tan libre y tan despejada en presencia del trance terrible, cuando se trata de perder el porvenir de tanta juventud y hermosura.

sido interrogada por Chabot y por Legendre. El primero tenia trazas de loco; y Legendre se empeñaba absolutamente en haberme visto en su casa por la mañana, cuando jamas he soñado en semejante hombre; me parece que tiene poco talento para ser tirano de su país, y por otra parte no llevaba yo intento de castigar á todo el mundo. Por lo demas, muy poco satisfechos parecen de no tener mas que una muger para ofrecer á los manes *del grande hombre*. ¡Perdonadme, hombres! este título deshonra vuestra especie: era una fiera que iba á devorar toda la Francia con el incendio de la guerra civil. Ahora ¡viva la paz! ¡Afortunadamente no habia nacido en Francia! — Creo que se han impreso las postreras palabras de Marat, y dudo que profiriese ninguna; pero hé aquí las últimas que me dijo para consolarme, cuando supo los nombres de todos Vds. y de los administradores del Calvados que se hallan en Evreux: que dentro de poco les mandaria guillotinar en Paris; cuyas palabras decidieron de su suerte. Si el departamento coloca su efigie en frente de la de San-Fargeau, podrá mandar grabar estas palabras en letras de oro... No pueden convencerse en Paris de que una muger desvalida, cuya vida, por dilatada que fuese, de nada serviria, pueda á sangre fria sacrificar su vida para salvar á su patria. ¡Ojalá se consolide la paz tan pronto como yo deseo! Ya está derribado el gran criminal, con quien jamas hubiéramos logrado tenerla. Ya hace dos dias que yo gozo de la paz, porque mi felicidad es la felicidad de la patria. No dudo que darán que sentir á mi padre, el cual ya tiene suficiente con mi pérdida para afligirse.... Ruégole á Vd., ciudadano, así como á sus cólegas, que tomen á su cargo la defensa de mi familia si se ve molesta. Yo jamas he tenido odio mas que á un solo viviente, y ya he dado pruebas de mi carácter. Los que sientan mi pérdida, se complacerán en verme en los Campos Elíseos con los Brutos y algunos otros antiguos, pues pocas simpatías tengo con los modernos: ¡son tan viles! raros son los patriotas que sepan morir por su país: todos son egoistas. Me han puesto dos gendarmes para que no me aburra: esto no me ha parecido mal de dia, pero sí de noche; me he quejado de semejante indecencia, y el comité no ha tenido por conveniente atender á mi soli-